

V

Nico tardó varias horas en recuperar la sensibilidad y elasticidad total en sus piernas tras descender del micro que lo depositó cerca del mediodía en la terminal del Distrito Capital, o como los mochileros solían llamar a dicha ciudad: *Decé*. Era un día hábil por lo que la estación se encontraba colmada de gente y las angostas calles inundadas de vehículos viejos que se disputaban cada resquicio público de manera desorganizada ya que no había semáforos. Predominaban las combis y autos particulares, en vez de taxis y colectivos interurbanos, contrariamente a lo que ocurría en Roca Negra.

Nuestro viajero percibió un olor extraño en el ambiente y las veredas en mal estado. Sin embargo, el *hostel* donde decidió hospedarse estaba en perfectas condiciones, con baños, camas y cocinas limpias y ordenadas. Este hospedaje se lo había recomendado un grupo de jóvenes compatriotas, residentes en el interior de su país, al que se había cruzado en la calle, donde los ciudadanos locales respondían con cierta indiferencia ante cualquiera consulta de los turistas. Estos muchachos se movilizaban en una camioneta utilitaria en la que habían viajado miles de kilómetros y con la que pensaban recorrer otro tanto.

En su primera recorrida a pie por el centro de la ciudad Nico se sorprendió al ver que la mayoría de las edificaciones eran bajas o de pocos pisos, y parecían estar incrustadas en un alto muro conformado por las montañas de picos nevados. Y cuando entre la multitud sintió que en vez de moverse en sentido horizontal, lo hacía de manera vertical, al punto que lo invadió un intenso temor a caerse de espaldas al vacío si dejaba de mover los pies. “Esta ciudad está en el aire”, se dijo.

También lo sorprendió que en los barrios periféricos, las casas de familia lucieran sus paredes sin revocar o pintar. “Pasa que si las terminan, el gobierno les

cobra más impuestos”, le explicó uno de los empleados del *hostel* una vez que regresó a su habitación luego de su largo y extenuante paseo.

Durante la cena, Nico se reunió con los chicos de la utilitaria que, al igual que él, no estaban demasiado entusiasmados con pasar más tiempo en la ciudad, por lo que le ofrecieron llevarlo en la camioneta hasta *Bancales*, un pueblo muy pintoresco ubicado al noreste de allí. El grupo partía a la mañana siguiente y Nico aceptó la oferta encantado ya que dicho pueblo estaba incluido en su itinerario.

Claro que nuestro viajero había pensado en llegar a *Bancales* a través de la denominada “Ruta de la muerte”, un camino de montaña, asfaltado, que en los últimos años había sido cerrado al tránsito por la gran cantidad de accidentes viales mortales. Según estadísticas oficiales, el promedio anual de accidentes llegó a alcanzar los 250 y las muertes 85, por lo que las autoridades desarrollaron una nueva ruta alternativa, con una calzada más amplia y bien señalizada, no tan pegada a las montañas y los precipicios ya entre unos y otros sólo había tres metros de distancia.

Al mismo tiempo, la vieja ruta, que había sido construida a principios del Siglo anterior por prisioneros de guerra, no quedó en desuso y se la comenzó a explotar turísticamente ya que se trataba de un escenario que ofrecía paisajes impresionantes. Por ello se promovía una excursión en bicicleta de 15 kilómetros, trayecto en el que envueltos en una bruma permanente, los paseantes descendían desde los 4.500 metros sobre el nivel del mar de Decé hasta los 1.500. Sin embargo, la presencia de muchas piedras sueltas que rodaban ladera abajo representaba un verdadero peligro, por lo que eran repetidas las caídas de los ciclistas.

Tras la cena, que terminó temprano, algunos de los comensales decidieron ir a recorrer los distintos bares del centro pero Nico prefirió unirse a otro grupo que había organizado jugar un partido de fútbol ante un equipo local en una cancha de 11 de

césped sintético y con una perfecta iluminación. En Roca Negra, jugar en un lugar así hubiese significado un costoso privilegio pero aquí no, ya que al ser pública no se cobraba por utilizarla. Claro que por esas latitudes no se experimentaba el mismo fanatismo desenfrenado por el juego de la pelota que sí desbordaba en el territorio natal de nuestro viajero, donde un simple partido de fútbol podía convertirse, en cuestión de segundos, en una batalla, en el más amplio sentido de la palabra.

Sin embargo, en Decé, jugar a la pelota no era completamente gratuito ya que si bien no se pagaba el alquiler de la cancha pública en todos y cada uno de los encuentros había apuestas por dinero. Nico y sus compatriotas que lo acompañaban recién se enteraron de ello cuando entraban en calor y sus rivales fijaron una cifra muy alta para sus capacidades económicas. Así, el desafío no se jugó y los turistas regresaron al *hostel* casi sin transpirar. De todos modos, en los pocos minutos que patearon al arco pudieron comprobar que, efectivamente, la pelota no doblaba en la altura.

Claudia fumaba impaciente en la soledad de su habitación. Sus dedos nerviosos recorrían rápido la pantalla táctil de su *tablet* en la que se alcanzaban a visualizar fragmentos de una fotografía en la que ella, sonriente como hacía tiempo no se la veía, abrazaba a Marcelo. Cada tanto, la joven resoplaba con fuerza para dispersar el humo y que este no le obstruyera la visión mientras que en un de los extremos del escritorio, sobre el que sostenía su computadora portátil, la ceniza rebalsaba el cenicero. Afuera, unas ráfagas gélidas agitaban las ramas desnudas a tono con las calles desiertas.

“Sra. Felicitas Echeverría, mi nombre es Claudia Ferraro, novia de Marcelo Bianchi, asesinado hace casi un año en un intento de robo en la puerta de mi casa en Los Indios. Ud. ya conoce el caso, por lo que no voy a ahondar en detalles. Lo que sí quiero

destacar es que hasta hoy no hay ninguna persona acusada ni detenida por este brutal crimen, como ocurre en otros tantos hechos como este.

“En esta oportunidad le escribo para pedirle, por favor, que desde su lugar en la prensa ayude a la madre de Marcelo para que el caso no quede en el olvido. Yo sé que ustedes, los periodistas, cubren tantos hechos similares que todos les resultan iguales, más de lo mismo. Pero le puedo asegurar que un episodio así no tiene nada de común y corriente. No hay nada más fuera de lo normal que te arranquen un ser querido de manera violenta e injusta. Espero que nunca le toque vivir algo así, no se lo deseo a nadie, porque estas situaciones generan tanto, pero tanto dolor, que por momentos no se puede sentir otra cosa. Uno ya no tiene sueño, hambre, sed, no siente tristeza, soledad, ni angustia. Sólo dolor.

“Ud. ha conocido a la señora Blanca y sabe del sufrimiento que le ha causado la cruel muerte de su único hijo. Yo no soy madre, pero Ud. sí, así que sabe a lo que me refiero. Y no sólo eso, la semana pasada falleció Pedro, el esposo de Blanca y padre de Marcelo, a quien lo aquejaban problemas cardíacos que se agravaron a partir del asesinato de su único hijo que lo aniquiló con una angustia y tristeza que parecen no tener fin para ninguno de los familiares y amigos de Chelo.

“De mujer a mujer le pido que se comunique con Blanca para que ella al menos sienta que alguien en la prensa se acuerda del crimen de su hijo y así no se va a sentir tan desamparada. Aunque no salga publicada ninguna nota, al menos va a pensar que la acompañan. Porque tras la muerte de su esposo Blanca ha bajado definitivamente los brazos y estoy realmente preocupada por lo que le pueda suceder si sigue por ese camino. Ya no habla de la causa, de buscar Justicia ni nada que se la parezca. Parece estar muerta en vida y eso nos llena de miedo a todos los que la conocemos y la queremos porque siempre fue una mujer fuerte y luchadora.

“Por todo esto es que reitero mi pedido de ayuda, que ya se ha convertido en una súplica. Estamos verdaderamente desesperados y no sabemos qué más hacer. Yo sé que Ud. tiene mucho trabajo y poco tiempo disponible pero sería de gran utilidad que pudiera comunicarse con Blanca, quien, por cierto, admira su trabajo.

“Desde ya, le agradezco la atención y disculpe las molestias ocasionadas. Quedo a su entera disposición y espero alguna respuesta satisfactoria a través de este medio o a mi celular, que le dejo a continuación, al igual que el de Blanca, aunque creo que ya tiene ese número.

Atte.

Claudia

1534412772

Blanca: 1530295689

PD: Un pequeño favor más, llegado el caso, no le comente a Blanca que la he contactado. Gracias”, dictó la novia de Marcelo a su *tablet* que, a través del sistema de identificador de voz, transcribió el mensaje en un correo electrónico que ella luego ordenó enviar a la periodista de Primera Hora.

“Mensaje enviado correctamente”, respondió la voz del sistema operativo que Claudia había personalizado con un timbre similar al de Chelo. “Reenviar mensaje a Julián”, indicó la joven, quien luego tomó su *smartphone* y con sus ágiles pulgares redactó un mensaje instantáneo dirigido a su amigo: “Juli, acá te adjunto el mail que le acabo de mandar a la periodista de Primera Hora. Como Blanca no me quiso dar el celular de la mina, la estuve llamando varios días seguidos a la oficina pero nunca me

atendió. Así que no me quedó otra que escribirle a la casilla que figura en el sitio web del canal que, supuestamente, la lee ella sola, según lo que me dijo el cuatro de copas con el que llegué a hablar. Fijate que te parece, igual, ya se lo mandé, pero al menos sabés de qué se trata. Un beso. Clau.”

Después de asegurarse que los mensajes habían llegado a destino correctamente, Claudia volvió a tomar su *tablet* para darle una mejor y rápida mirada a las redes sociales y enterarse de las últimas novedades de sus amigas, con las que cada día hablaba menos y prácticamente nunca veía excepto a través de sus fotos. Navegó sin rumbo por Internet hasta que la migraña se volvió insoportable, entonces caminó en círculos por el interior de su habitación tratando de despejar su mente, aunque sea por un instante. Tras un par de vueltas, se detuvo frente al espejo que colgaba de una de las puertas del ropero y la esquelética y demacrada imagen que observó en el reflejo la angustió aún más, por lo que se arrojó sobre la cama, completamente vestida y permaneció inmóvil, como una estatua de piedra, tratando de conciliar el sueño, últimamente tan esquivo.

Los viajeros se acercaban a los 1.500 metros sobre el nivel del mar cuando comenzaron a advertir que el paisaje cambiaba drásticamente. Las altas rocas de puntas blancas le habían dejado su lugar de privilegio a una tupida flora selvática. Los marrones opacos se volvieron verdes intensos en un abrir y cerrar de ojos. Al conductor de la utilitaria le había costado salir de Decé porque las señales de tránsito para tomar la ruta hacia Bancales le resultaron confusas, al igual que a sus acompañantes, que no lo ayudaron demasiado para resolver aquel acertijo, sobre todo, porque la mayoría sufría de una tremenda resaca. En medio de tantas dudas, el grupo no sólo partió tarde y no tomó la ruta nueva y alternativa a la de la muerte, sino que terminó recorriendo un

camino secundario de tierra que atravesaba la espesura de la selva, lo que implicaba exponerse a una insoportable humedad y una lluvia persistente.

El camino presentaba serias dificultades por lo irregular del terreno y como la camioneta llevaba mucho peso, el conductor manejó a una baja velocidad para no dañar la suspensión del vehículo. De hecho, cada vez que observaba que tenía por delante un bache profundo les ordenaba a sus acompañantes descender para aliviar la carga y amortiguar mejor el impacto.

Esto les permitió a Nico y al resto del grupo ir caminando a la par de la camioneta y así admirar la exuberante vegetación que los rodeaba como una cortina de hojas de distintos tamaños y formas que protegían a los monos y tucanes, apenas visibles entre las altas ramas, las cascadas y los ríos. Esta riqueza en el ecosistema había sido históricamente propensa para que los pobladores originarios labrasen los bancales, que eran similares a unas terrazas que sobresalían del suelo y se utilizaban para cultivar coca, café, caña de azúcar, bananas, papayas, lacayotes, lúcumas, amaranto, achupallas, maíz, entre otras especies.

Pero a medida que estos pobladores abandonaron estas tierras, casi siempre obligados a hacerlo por terceros, la zona fue copada por narcotraficantes que aprovecharon la casi inaccesibilidad de la selva para ocultar sus cultivos y laboratorios de drogas.

Por su lado, los viajeros de la utilitaria decidieron hacer una parada a mitad del recorrido para descansar. Lo hicieron especialmente a pedido del conductor y dueño del vehículo quien, de muy mal humor, ordenó detenerse para no seguir exigiendo al ya desgastado motor.

Durante ese descanso predominaron las bromas cruzadas, aunque al conductor no le provocaron demasiada gracia, hasta que apareció por el camino un camión del

Ejército con un grupo de soldados armados que se detuvo a identificar a los turistas. “Esta es una zona peligrosa. No deberían estar aquí”, indicó el jefe de los militares a los jóvenes una vez que revisó los pasaportes de cada uno de ellos, a lo que el conductor de la camioneta le explicó que se dirigían a Bancales pero creían haberse perdido en el trayecto. Entonces, el militar les explicó cómo salir de allí y retomar la ruta de asfalto, la cual no se encontraba demasiado lejos y los depositaría exactamente en la entrada del pueblo que buscaban. Pero al notar que las instrucciones no iban a poder ser seguidas con precisión por los viajeros extranjeros, el uniformado armado les ofreció guiarlos con el camión hasta la ruta señalada.

En ese recorrido, Nico recordó que en el *hostel*, un turista que ya había paseado por “La ruta de la muerte” y visitado Bancales le contó la historia de dos mochileros que habían hecho dedo en un camino selvático y casi terminan presos porque se subieron a una camioneta que llevaba oculto un cargamento de droga y que fue detenido por los militares en un operativo de control como el que se habían cruzado ellos.

Finalmente, el grupo llegó a Bancales y pudo instalarse en un camping donde antes de montar sus carpas cocinaron un abundante almuerzo para recobrar las energías perdidas entre la travesía y el accidentado viaje.

Durante el mismo año en que mataron a Marcelo, en el distrito de Los Indios - donde residían 580.000 habitantes, en su gran mayoría de entre 15 y 65 años distribuidos en 125 kilómetros cuadrados- se cometieron 108 homicidios dolosos, es decir, muertes violentas provocadas intencionalmente. De acuerdo a las estadísticas oficiales del Poder Judicial de la Provincia de Roca Negra, 13 de esos homicidios, incluyendo el del profesor de Educación Física, fueron perpetrados con intenciones de robo, lo que convertía a este distrito en el cuarto más mortífero de todo el Sector

Metropolitano. Y no sólo eso, en el mismo período se instruyeron unas 51 causas por tentativa de homicidio, lo que significaba que medio centenar de personas habían salvado milagrosamente sus vidas. Claro que en estos casos, las víctimas resultaban heridas, muchas veces, de gravedad.

Sin embargo, la percepción de los vecinos acerca de que los crímenes estaban vinculados con hechos de inseguridad -un reiterado reclamo popular hacia la clase política- no coincidía con los datos oficiales ya que esos 13 homicidios en ocasión de robo sólo representaban el 0,03 por ciento de todos los crímenes cometidos en el mismo año en toda la provincia.

Según la Justicia, la mayoría de los asesinatos no estaban vinculados a la inseguridad y se cometían bajo la figura del “homicidio simple”, lo que implicaba que las causas podían ser diversas, como una disputa personal, una pelea del momento, etc.

Pero había un rubro gris, el de los homicidios “*criminis causa*”, los crímenes cometidos para ocultar o lograr la impunidad de otro delito. En la mayoría de los casos, el delito que se ocultaba era justamente el robo, pero la Justicia no brindaba especificaciones al respecto a la hora de elaborar las estadísticas.

Y en Los Indios, durante el año analizado hubo dos de esos homicidios. Por lo que las víctimas como Marcelo podían ser 15 en vez de 13 aunque, en definitiva, ninguna de ellas era un número frío sino una historia que hervía de pena hasta provocar un vacío infinito para los familiares de cada una de ellas.

En cuanto a los robos, en el mencionado distrito se registraron casi 5 mil hechos simples y poco más de 600 agravados por el uso de arma de fuego, además de unos 2.500 hurtos de vehículos estacionados en la vía pública.

Mientras los hombres, tanto los jóvenes como los adultos, fueron las víctimas repetidas de los homicidios y robos, las mujeres y los niños de Los Indios resultaron el

blancos de 76 abusos sexuales con acceso carnal, aunque éstos sólo representaba el 0.15 por ciento de los delitos de ese tipo registrados en el distrito.

Los hechos más frecuentes en Los Indios fueron las lesiones leves y las amenazas, por los que se realizaban unas 18 denuncias diarias. Y en tercer lugar se ubicó otro rubro grisáceo, el de los “otros robos agravados”, los cuáles no incluían mayor especificación. Generalmente, estos últimos eran los cometidos en poblado y en banda, o contra comercios, casas y bancos por efracción o boquete.

Y mientras la Justicia reunía estas estadísticas, la Policía cometía sus propios delitos, tales como los apremios ilegales y torturas contra los detenidos, por los cuáles se iniciaron unas 120 causas en el mismo año.

En total, Los Indios sufrió 50 mil delitos en 12 meses, el equivalente a 137 diarios, casi 6 por hora.

Bancales tenía una población permanente de unas dos mil personas que vivían rodeadas de hojas de coca y café. Sus habitantes originarios, de tez más morena por su antigua cruce con esclavos africanos, se dedicaban a labrar la tierra pero muchos de ellos habían trabajado antes en las minas de oro del norte, actualmente cerradas por el agotamiento de las riquezas del suelo y también porque generaban condiciones de trabajo inhumanas.

En la época en que funcionaban las minas, los trabajadores eran divididos en distintos grupos a los que un encargado les asignaba un sector donde cavar durante un determinado período de tiempo en el que debían alcanzar una cuota para cumplir con su objetivo; en caso contrario, los dejaban sin salario o terminaban siendo enviados por la fuerza a otros sectores.

Pero ahora, Bancales se trataba de un centro turístico que ofrecía una amplia gama de instalaciones hoteleras, locales gastronómicos, excursiones guiadas y prácticas deportivas de aventura. El paseo más popular era un *trekking* que partía de la plaza principal del pueblo y, por un sendero adornado con un paisaje exótico, llegaba hasta un cerro donde los viajeros, si el clima se los permitía, podían bañarse en unas pozas ubicadas al costado del camino.

La otra actividad principal era el *rafting* en el río Bancal pero Nico y sus acompañantes no eligieron ninguna de las dos excursiones y decidieron internarse a pie en la selva donde residía una pequeña tribu que, a pesar del desarrollo urbano, procuraba vivir de la naturaleza como sus antepasados, una prueba de que se podía mantener cierta distancia de la civilización moderna que, en aquellos lugares, había sido impuesta por buscadores de oro extranjeros luego devenidos en comerciantes y operadores turísticos.

Los pocos turistas que se animaban a conocer ese lado de Bancales quedaban asombrados al ver a la tribu habitar en chozas y llevar vestimentas artesanales como las que se habían visto en las películas. Estos pobladores también sorprendían a los visitantes porque demostraban una excelsa capacidad para vivir de la caza, la pesca y la recolección de alimentos. Al ver todo aquello, Nico y sus acompañantes sintieron que habían viajado hacia atrás en el tiempo.

Y en el camino de regreso, el grupo encontró cerca del centro del pueblo una laguna dentro de un cerro, en una especie de caverna cónica. Era un hueco oscuro y húmedo y el agua, de tan calma y cristalina, parecía un espejo, aunque estaba prohibido nadar debido a la alta profundidad. Y a pesar de esta restricción, el lugar recibía una gran cantidad de visitantes, por lo que los operadores turísticos habían colocado unas luces conectadas por una sucesión de alargues que salían de la montaña y recorrían

cientos de metros hasta llegar al primer enchufe. Además, se podían alquilar unas bicicletas acuáticas con formas de cisnes.

“Cuando estaba ahí adentro sentí un adrenalina tremenda porque parecía que la montaña se iba a venir abajo en cualquier momento y nos iba a dejar atrapados”, le dijo Nico a unos de sus acompañantes una vez de vuelta en el camping donde cenaron y se acostaron temprano ya que tenían planeado una ardua actividad para el día siguiente.

Durante las últimas décadas había quedado demostrado que el ingrediente repetido en las recetas que cocinaban fracasos en materia de seguridad era cuando los políticos apostaban únicamente a demandar mayores esfuerzos y efectividad a la Policía para aplacar los ánimos exacerbados de la comunidad en momentos en que la necesidad monetaria calaba hondo, no sólo en el bolsillo sino también en el pecho.

El ministro Cazorla, fuertemente cuestionado tras el crimen de Chelo, no fue la excepción a esa regla e hizo llegar sus demandas al jefe de Policía pero se encontró con que un sector de los efectivos de la fuerza, especialmente los de rangos inferiores, estaba disconforme porque consideraban que si había que trabajar más para asegurar la paz social los sueldos debían aumentar en proporción.

La reacción inicial desde el Ministerio fue posponer la negociación salarial para después de marzo, cuando se reabrían todas las paritarias. Pero los policías rocanegrenses no estaba sindicalizados, por lo que se negaron a esperar y comenzaron una protesta a nivel provincial con acuartelamientos en los principales distritos y un acampe frente a la sede de la cartera, en la Capital Provincial.

En la primera noche de protestas, al no haber policías en las calles, grupos de delincuentes vieron su oportunidad para cometer saqueos a comercios, especialmente, los de venta de alimentos, ropa y electrodomésticos.

Los ladrones aparecían por sorpresa a bordo de motocicletas, rompían las persianas metálicas y las vidrieras, y se llevaban todos los objetos de valor que pudieran cargar, mientras que los comerciantes damnificados sólo atinaban a mirar, indefensos e impotentes.

Pero al segundo día, en las zonas más calientes del Sector Metropolitano, como en Los Indios, los comerciantes se agruparon y atrincheraron en sus locales, armados con palos y bidones de nafta, algunos también con armas de fuego, para defender a toda costa sus propiedades.

Mientras los policías reclamaban un aumento del 50 por ciento y el Ministerio sólo les ofrecía la mitad, el tercer día del conflicto fue una verdadera batalla entre saqueadores y comerciantes, la cual dejó el lamentable saldo de tres muertos: el dueño de un supermercado chino que murió asfixiado cuando se resistió a que le robaran un par de ladrones que lo golpearon hasta dejarlo inconsciente para luego prender fuego su local; un adolescente de 15 años que falleció electrocutado cuando quiso llevarse un *freezer* junto a unos amigos de un comercio de venta de productos de la línea blanca; y un efectivo retirado de la fuerza que intervino para evitar el saqueo en el mercado de un vecino y recibió un balazo en el pecho efectuado por un tirador no identificado ya que el enfrentamiento se produjo en medio de la oscuridad absoluta a raíz de un apagón eléctrico en la zona. Algunos testigos dijeron que el autor del disparo había sido uno de los delincuentes, otros, que se trató de una confusión o error involuntario del propio dueño del local saqueado

Pero no todos los barrios sufrieron estos incidentes. En los sectores céntricos no hubo saqueos pero sí locales cerrados durante casi toda esa tercera jornada de protesta. Es que a través de las redes sociales corrió el rumor de que se iba a producir una ola de atracos y los comerciantes, temerosos, decidieron no atender al público como medida

preventiva. Desde el gobierno se acusó inmediatamente a los políticos opositores de infundir el miedo a través de esos rumores pero los dirigentes señalados negaron cualquier tipo de responsabilidad en la maniobra.

En ese marco, Romero, el padre de Claudia, bajó la reja del frente de su ferretería y prefirió atender a sus clientes regulares por una pequeña ventana, como si fuese una farmacia de turno. Cerca del mediodía, un sargento de la comisaría 2da. de Los Indios que estaba de franco pasó por el local y al ver a su dueño –al que conocía desde hacia años ya que la seccional en la que prestaba servicios hacía una década estaba situada a tres cuadras del comercio- le advirtió que la amenaza de los saqueos era cierta y le aconsejó que se cerrara del todo y se fuera a su casa.

Entonces, el ferretero llamó a la comisaría para confirmar la versión que le acababa de comentar el sargento y desde allí se la ratificaron. Ante esa respuesta, el comerciante preguntó si iban a reforzar la presencia en las calles para proteger los bienes de la comunidad, a lo que el oficial de servicio le dijo que no tenían previsto tomar medidas al respecto por falta de personal disponible, a pesar de que sólo el 15 por ciento de los policías estaba plegado al reclamo laboral y salarial.

El padre de Claudia finalmente cerró su local y afortunadamente para él y los demás comerciantes de la zona no hubo saqueos en ese sector del distrito. Y a la mañana siguiente conocieron la nueva noticia de que la protesta policial había concluido tras acordar un aumento del 37 por ciento en el sueldo básico, más una suma fija como bono de fin de año. Y con el reaseguro de parte de los funcionarios gubernamentales que no se iban a descontar los días no trabajados, una condición no negociable de parte de los efectivos.

Los chicos de la camioneta decidieron partir desde Bancales hacia la frontera norte. Su destino: el lago *Copa de Cristal*. Sin embargo, Nico optó por visitar primero otro pueblo cercano, situado al oeste y llamado *Valle Correntoso*, donde, según le habían comentado, se encontraba la mejor marihuana del mundo. Y como no había forma de viajar hasta allí directamente desde Bancales, regresó sólo y en colectivo a Decé y desde allí abordó un micro para alcanzar su nuevo punto en el itinerario.

Nico estuvo de paso por unas horas en la capital y tras un corto viaje llegó a Valle Correntoso, que debía su nombre a su ubicación en la margen de un río con un caudal de agua tan vigoroso que parecía capaz de arrasar con todo lo que se le cruzara en su camino de miles de kilómetros de largo y que desembocaba en un lejano océano.

El único camping del valle donde se instaló nuestro viajero estaba colmado de mochileros de distintas partes del mundo, muchos de ellos compatriotas suyos, que se comportaban como si estuviesen solos en aquel refugio natural rodeado de frondosos bosques. Entre aquellos viajantes la sensación de libertad que los abordaba era mal interpretada y se materializaba en mero libertinaje, especialmente por las noches, cuando en el quincho del encargado sonaba fuerte la música *reggae* y los jóvenes bailaban, bebían y fumaban en exceso, al punto que aquellos que no seguían ese ritmo tenían serias dificultades para conciliar el sueño ya que las fiestas se prolongaban hasta la salida del sol.

Ante esta situación, Nico dejó el camping a la tercera noche y buscó un lugar apartado y tranquilo cerca del río para instalar su carpa. Y eligió un pastizal ubicado a pocos metros de una cabaña a la que fue a pedir permiso para poder instalarse allí. Cuando tocó a la puerta de madera esperaba que lo atendiese un montañés, leñador o un poblador originario; sin embargo, se asomó una hermosa joven caucásica, morocha, de ojos azules, delgada y cuyas piernas finas y largas acentuaban su altura mediana.

Esta *artisane* se dedicaba a elaborar perfumes con esencias vegetales y florales. La mujer vivía seis meses allí, completamente sola, y otros seis junto a su anciana madre en el Viejo Continente donde vendía sus productos. Y a través de esa actividad comercial obtenía el dinero suficiente para mantener su estilo de vida en el que, por su propio deseo y convicción, no había planes para tener una pareja ni hijos.

“Me pusiste una gota de tu perfume y me duró tres días. Impresionante”, la felicitó Nico una tarde en la que ambos paseaban por la margen del río donde predominaban los altos árboles, detrás de los cuales, se dejaban ver los picos de las omnipresente montañas.

-¿No te afecta la soledad? –preguntó nuestro viajero cuando se sentaron sobre unas rocas a observar como corría el agua.

-No –respondió ella en un perfecto español pero que no alcanzaba a ocultar su acento.- Porque nunca estoy sola por completo. Tengo mi cabaña y a la naturaleza. Además, siempre alguien me visita y eso me gusta.

-¿Pero no te molesta cuando esa visita se va al poco tiempo?

-Para nada porque así es la vida del viajero: cada uno sigue su propio camino –la joven sonrió y luego besó a Nico en los labios. En ese momento sólo se oyó el paso incesante de la corriente y él sintió que ya no estaba más solo.

Nico abandonó Valle Correntoso sin despedirse de su amiga. No hubo un último beso ni la clásica triste mirada del adiós. Él hubiese preferido un final distinto pero, a la vez, estaba seguro que a ella le gustaba más así, como parte de esa vida del viajero que tanto promovía. Claro que también cabía la posibilidad de que sólo se trataba de un mecanismo de defensa ante el inevitable avance de la vulnerabilidad que conlleva una nueva relación sentimental, por más superficial, reciente y breve que ésta resultare.

Con su mochila a cuestas, nuestro viajero regresó a Decé desde donde tenía previsto tomar un micro hacia el norte, hasta el mítico lago Copa de Cristal. Entre la llegada desde el valle y la nueva partida, Nico tuvo unas horas de espera en las que decidió pasar por un café con *Wi-Fi* para chequear, después de muchos días, su correo electrónico. Pero su *smartphone* seguía sin funcionar ya que el aparato había caído accidentalmente en el río Correntoso cuando su torpe dueño quiso tomar unas fotografías junto a la *artesanía*. “No te preocupes. Las imágenes de cada uno de los lugares que visitaste estarán siempre en tu memoria”, le dijo ella tratando de consolarlo. Así que nuestro viajero debió utilizar su computadora portátil para enviarles un correo electrónico a sus padres y avisarles que se encontraba provisoriamente sin celular, por lo que, de momento, la única manera de comunicarse era vía *e-mail*.

El micro hacia el norte era bastante más moderno que el que había tomado desde la Comarca hasta el Decé y la ruta parecía segura y en buen estado. El colectivo recorrió un terreno altiplano, seco, pedregoso, rodeado de las infaltables cimas blancas que daban la sensación de estar más cerca del suelo ya que éste estaba sensiblemente elevado, como si fuese un andamio recto y firme.

Nico recostó su cabeza cubierta por una melena enmarañada, que combinaba con su cada vez más tupida barba, y disfrutó del paisaje que desfiló lentamente pero sin pausa ante sus ojos relajados durante unas cinco horas hasta que el micro se detuvo imprevistamente. Al asomarse por el pasillo para mirar hacia el frente advirtió, a través del parabrisas del vehículo, que la ruta se había cortado delante de un curso de agua.

-¿Qué pasó? –preguntó al acercarse al chofer.

-Hay que bajar y cruzar al otro lado del lago –respondió el conductor con naturalidad.

¿Cómo?, se preguntó nuestro viajero, tras lo cual, siguió en silencio a los demás pasajeros que fueron descendiendo del micro y abordando dos lanchas de madera que partían desde un pequeño muelle ubicado a pocos metros de la ruta. Mientras que el colectivo fue colocado a bordo de una barcaza y de esta manera, personas y vehículos cruzaron, casi a la par, la bahía sur del lago.

Al llegar a la otra orilla, los pasajeros volvieron a subir al micro y éste retomó la ruta que reaparecía de la nada y continuaba hacia al norte como si hubiera vuelto a la superficie luego de atravesar el fondo del cauce.

Y tras un par de horas más, Nico y el resto del pasaje llegaron hasta el balneario principal del Copa de Cristal, ubicado entre la margen arenosa del lago –el resto de la orilla de cientos de kilómetros era básicamente de piedras volcánicas- y la villa turística en la que abundaban los comercios, locales gastronómicos y nocturnos, éstos últimos devenidos en la atracción preferida de los más jóvenes.

Para estar cerca del centro de la villa, la mayoría de los turistas se hospedó en los *hostel* del casco urbano; sin embargo, Nico decidió quedarse en el camping junto al lago para disfrutar de la tranquilidad, la soledad y, sobre todo, de la proximidad de un agua que definitivamente transmitía una energía especial. Ya lo había percibido así durante el viaje, a medida que se acercaba a su destino y aún más cuando navegó de una orilla a la otra.

Los días en el camping junto a la orilla del lago fueron un período de descanso para Nico ya que sus actividades no implicaron traslados como los que había hecho hasta entonces durante su recorrido. De momento se había acabado eso de ir de un lugar a otro durante horas y a pie, a veces soportando demasiado peso sobre sus hombros. Así, nuestro viajero pasó gran parte del tiempo leyendo y escribiendo bajo el sol que

amanecía siempre entre nubes pero a partir del mediodía comenzaba a arder con suma intensidad. En cada jornada permaneció en los alrededores de su carpa y paseó poco por el resto de la villa adonde se sólo se dirigió para recargar la batería de su *notebook*. Evitó los grupos de personas y esperó reencontrarse con los chicos de la utilitaria pero al no tener novedades de ellos luego supuso que ya se habían marchado de allí, o bien, se encontraban en la isla ubicada en el centro del lago. Por ello, Nico decidió acortar su estadía en el balneario y se embarcó hacia el corazón de Copa de Cristal antes de lo previsto.

La lancha que lo trasladó tenía capacidad para pocos pasajeros, por lo que realizaba varios viajes por día, aprovechando que la distancia entre la costa y la isla no era demasiado extensa y la corriente era absolutamente calma.

Apenas arribó a la isla, Nico notó que había marcadas diferencias con la costa ya que la orilla era menos pedregosa y abundaba la arena blanca. Si bien se encontraba a la misma altura sobre el nivel del mar, nuestro viajero tuvo la sensación de que se había acercado al sol porque los rayos de éste parecían llamaradas. Y a pesar de ese calor, el agua apenas era templada.

Nico volvió a instalarse con su carpa en un sector del camping próximo a la orilla y tras la primera noche descubrió que la isla era única ya que más allá de las vibraciones que allí percibía, el clima resultaba verdaderamente particular: durante la madrugada llovía a cántaros y hasta caía abundante granizo al punto que por la mañana, cuando el visitante se asomaba fuera de su iglú, el suelo arenoso estaba completamente cubierto de hielo cristalino. Hasta el mediodía todo quedaba envuelto en una profunda bruma acompañada por una llovizna hasta que a mitad de la jornada, como si a la isla le retirasen un techo, surgía Febo con todo su poder de fuego, luz y claridad. Recién

entonces comenzaban a divisarse en el paisaje las montañas, más verdes que en los anteriores lugares que había visitado Nico en su viaje desde la frontera.

La isla estaba bajo el cuidado de los últimos descendientes de los pobladores originarios que se encargaban de que los turistas tuviesen una agradable estadía pero, siempre y cuando, respetasen ciertas normas de convivencia como, por ejemplo, no escuchar música a todo volumen, no realizar fiestas alrededor de fogones y con exceso de bebidas alcohólicas y drogas, y tampoco tener relaciones sexuales en playa que era, en definitiva, el sitio más sagrado y al que más cuidado había que brindarle para no alterar su fisonomía.

Estos cuidadores vivían en las laderas de las montañas, a una altura que les permitía tener una visión óptima de todo el terreno. En ese sector se levantaban casas de familia construidas en piedra y cerca de allí se podía visitar las denominadas “ruinas de cristal”, que constaban de los restos de antiguas construcciones de los pueblos originarios que habían sido utilizadas durante siglos para la realización de rituales de adoración a la tierra y al sol.

En tanto, la gastronomía en el camping se había vuelto una actividad difícil porque cocinar en la altura era muy distinto que hacerlo en el llano, de donde provenía no sólo el joven rocanegrense sino la mayoría de los visitantes. A más de 4.500 metros sobre el nivel del mar había menos oxígeno, por lo que hervir el agua para preparar un simple plato de fideos o de arroz llevaba más tiempo que el acostumbrado por los turistas.

Un grupo de compatriotas de Nico quisieron cocinar un asado y pidieron permiso a los cuidadores de la isla para prender un fuego. Pero el visto bueno fue acompañado de una serie de instrucciones precisas para poder preparar la carne sin llama y con brasas apenas encendidas. Para poder hacer frente a esas condiciones de

altura, los lugareños utilizaban unos tubos con los que aireaban permanente el fuego y así generaban suficiente calor. Aquellos jóvenes adoptaron ese método culinario pero no les resultó para nada sencillo ponerlo correctamente en práctica, por lo que el asado previsto como almuerzo casi se convirtió en cena.

Ya era de mañana cuando Nico dejó su carpa cerrada en la playa del lago, tomó la mochila pequeña y liviana, la que utilizaba para sus recorridos cortos, y fue a visitar las ruinas en la cima de la montaña donde luego de un extenso y agotador paseo, que se prolongó casi todo el día, se cruzó con una lugareña que le ofreció hospedarse por esa noche en su casa a cambio de unos pocos pesos, aunque cualquier moneda extranjera allí estaba devaluada un 30 por ciento.

La anfitriona, una docente que estaba de vacaciones y era madre de dos adolescentes que durante el verano trabajaban en la villa turística, le preparó la cena y la dio una habitación en la que Nico durmió en una cama después de muchos días de haberlo hecho en una bolsa de dormir.

Todo transcurría en tranquilidad cuando Nico regresó a la playa, donde halló su carpa y todas las pertenencias que había guardado dentro de la misma intactas. Sin embargo, por la noche se produjeron dos incidentes que alteraron a los visitantes y también a los lugareños. Primero, un turista bajo los efectos de alguna droga sintética comenzó a correr desnudo y a los gritos por la orilla molestando a todos los presentes, a raíz de lo cual, un grupo de cuidadores salió a perseguirlo hasta reducirlo por la fuerza. Luego lo vistieron, reunieron todos sus objetos personales que había en el camping, lo colocaron en la lancha que lo llevó hasta el balneario y le prohibieron regresar a la isla.

El otro incidente ocurrió casi al mismo tiempo en que se producía el “destierro” de aquel agitador, cuando a otro joven mochilero que recolectaba leña para un fogón se le cayó un pesado tronco en una de sus manos y le reventó tres dedos.

El muchacho lloraba del dolor y los cuidadores lograron detener la hemorragia pero no había ningún médico en la isla, por lo que le indicaron que debía regresar a la villa para ser mejor asistido de las lesiones. Pero faltaba poco para la medianoche y la lancha no iba a regresar hasta la mañana siguiente, así que la única manera de llevarlo a la costa era en un bote a remos. Para ello había que pagar una alta suma de dinero porque el remero no estaba dispuesto a arriesgarse gratuitamente en una travesía que en la oscuridad podía resultar peligrosa.

La suma exigida por los cuidadores excedía los recursos del joven herido y sus acompañantes, por lo que éstos realizaron una colecta entre todos los turistas presentes en la playa, entre ellos Nico, que colaboraron con dinero de su bolsillo para concretar el traslado lo antes posible.

Finalmente, el remero cargó al lesionado en su bote de madera, en el que cabía otro pasajero, y se dirigió a la villa por las aguas que reflejaban el perdido brillo de las pocas estrellas que lograban escabullirse entre las nubes. Mientras que los amigos del paciente aguardaron hasta la mañana el arribo de la lancha y también regresaron a la costa.

Los incidentes de aquella noche en la isla provocaron cierto temor en Nico, no tanto por la gravedad de lo sucedido, sino porque le recordaron lo solo y lejos de casa que se encontraba. Así, nuestro viajero no permaneció mucho tiempo más en aquel sitio y decidió regresar directo a su país para disfrutar del Carnaval en Los Cerros.

Tras una breve escala en Decé, Nico abordó un micro que lo dejó en la frontera el mismo *Sábado del Desentierro* cuando se encontró con un pueblo revolucionado que desde hacía 15 días ya anticipaba el Carnaval, primero con el *Jueves de Compadre* y luego con el *Viernes de Comadre*, en los que cada grupo se reunía en distintos lugares para cantar las coplas e invitarse bebidas y comidas, principalmente vino, empanadas, choclos, queso de cabra y asado de cordero.

Durante los festejos en la plaza central, por donde desfilaban las comparsas con sus disfraces de Diablo, Nico se encontró con Martín, quien estaba acompañado de un grupo de jóvenes turistas muy interesados en las tradiciones locales y que bailaban desafortunadamente, arrojando harina a cada persona con la que se cruzaban.

-Esta noche desentierran al Diablo, ¿no? –preguntó Nico a los gritos mientras se sacudía el polvo blanco de la ropa-. ¿Dónde lo celebran?

-En esta misma plaza. ¿Ves ese montículo de piedras? –respondió Martín señalando hacia el centro del predio donde las personas mojaban la tierra con bebidas alcohólicas y arrojaban hojas de coca-. Eso marca donde está enterrado.

-Bueno, entonces me quedo por acá.

-Pará, pará ¿Cuándo te vas?

-Lunes o martes ¿Por?

-Porque si no te vas a quedar para el Entierro, dentro de ocho días, no podés presenciar el Desentierro primero.

-¿En serio? ¿Y por qué?

-Porque la tradición dice que si no estás presente en el Entierro, el Diablo se queda con vos el resto del año.

Nico ríe por unos instantes pero luego entendió que Martín le estaba hablando muy en serio, por lo que esa noche participó de los festejos en la plaza hasta justo antes

de celebrarse el Desentierro y luego regresó al camping, donde aguardó a que regresaran los distintos grupos de visitantes para retomar la fiesta de Carnaval, en la que todo era alegría y diversión pero sin excesos.

-Nunca había visto tanta gente borracha junta sin que hubiera ni una sola pelea o discusión. ¡Increíble! -le dijo Nico a Martín al día siguiente cuando los festejos aún continuaban en la plaza y por las calles blancas del pueblo.

-¡¿Viste?! Y si te gustó esto tenés que volver en agosto, para la fiesta de la Pachamama. Es una ceremonia privada que se lleva a cabo en las casas de familia y de la que sólo participan los extraños que son especialmente invitados por los dueños de cada hogar.

Martín también le contó que la Municipalidad organizaba su propia fiesta en la plaza central pero le aclaró que la verdadera, la que realmente valía la pena, era la que realizaba cada familia puertas adentro.

VI

El aire húmedo de la noche se enfrió rápidamente y eso le trajo a Nico recuerdos de su viaje por el norte. El verano estaba dando sus últimos suspiros y el joven se encontraba sentado a la mesa junto a su amigo Esteban. Habían acordado cenar en el mismo restorán en el que lo habían hecho justo antes de que el primero de ellos se fuera de paseo.

-¿Hacía mucho que no venías a comer acá? –preguntó Nico acomodándose unos mechones de pelo detrás de las orejas para que no lo molestaran cayendo sobre su rostro, aunque éste apenas se alcanzaba a ver detrás de la barba.

-Mientras vos estuviste de vacaciones vine un par de veces con una mina, para que las mozas no pensarán que somos gay -bromeó Esteban al tiempo que llamaba a una de las meseras con un gesto de su mano en alto-. Pero mejor contame cómo andás vos, amigo, que hace bastante tiempo que no te veía....

-Y... -Nico hizo memoria por unos instantes- la última vez que nos vimos fue en tu departamento, cuando te fui a visitar apenas llegué.

-Claro. Estuvimos charlando bastante pero de los detalles de tu viaje. Ahora quiero saber cómo estás vos, acá –Esteban apoyó ambos índices sobre la mesa, aunque se refería a Roca Negra, más que al resotrán.

-Bien. Muy bien. Estoy viviendo con mis viejos en San Ramiro. Trabajo en el local de náutica y estoy preparando la tesis. Así que sólo salgo del pueblo para venir a la Facultad a buscar material de estudio o investigar.

-Che, y al final, ¿de qué vas a hacer la tesis?

-Elegí un tema vinculado a los suicidios.

-¡Ah!, fuerte. ¿Y por qué lo elegiste?

-Que se yo.

-¿Cómo 'qué se yo'!?

-Bueno, es una forma de decir. Pasa que me cuesta explicarlo y por ahí es difícil que lo entiendas.

-Intentá y después vemos....

-Era un tema que ya lo venía analizando hace rato. Y después, durante el viaje, tuve mucho tiempo para pensar y redondear una idea más clara. El hecho de conocer lugares y personas tan distintas me hizo ver las cosas de otra forma.

-Claro, me imagino.

-Además, cuando volví a San Ramiro descubrí una historia muy interesante...

-¿Ah, sí?!

Nico carraspeó unos instantes, como aclarando la garganta para que su relato fluyera con facilidad.

-Resulta que en el pueblo hay un pescador, que es un viejo amigo de mi papá, y que en el último tiempo rescató a varias personas que intentaron suicidarse tirándose al río.

-¿En serio?! ¡Que locura!

-Bueno y éste tema me terminó por convencer.

-Está buena la historia.

-Si es cierta. Todavía tengo que chequearla. Y ante todo, tengo que convencer al viejo que me deje entrevistarlo porque, según me contó mi papá, al tipo no le gusta hablar del tema, por más que todo el pueblo lo sepa.

-Y debe ser una posición difícil para el tipo. Digo, no me gustaría estar en su lugar.

-Obvio. De todos modos, la idea es indagar sobre este tema para tratar de realizar un trabajo que de alguna manera sirva para ayudar a este tipo de personas que intentan quitarse la vida.

-Entiendo.

-De hecho, las estadísticas indican que cada vez son más los casos que se repiten.

-Ajá –asintió Esteban y luego bebió un sorbo de su copa de agua fría, sin gas.

Según los organismos gubernamentales del área de Salud, la tasa de suicidios en el país había aumentado un 100 por ciento en las últimas dos décadas, especialmente entre la población de 10 a 25 años, cuando a nivel mundial el incremento fue del 60. Además, los especialistas locales calculaban que este fenómeno se producía con mayor frecuencia en el Interior, donde por cada persona que se quitaba la vida, había otras veinte que lo intentaban y no lo lograban.

Nico terminó de repasar aquellos datos justo cuando la mesera se acercó con el vino que habían ordenado y apenas la joven dejó la botella sobre el mantel y se retiró, Esteban propuso un brindis.

-Por ayudar a los desesperados. Y, sobre todo, por vos amigo. Me alegra verte bien.

-Por los desesperados.

-¡Chin!, ¡chin!

Los dos amigos sonrieron y seguidamente bebieron de su malbec.

-Che, Esti, ¿tan mal estaba antes?

-No era para tanto. Pasa que ahora te veo más optimista.

-Puede ser.

-Igual, creo que tu pesimismo radicaba en que todo el tiempo estabas demasiado pendiente de las cosas negativas de tu pasado.

-Y eso no me permitía disfrutar de las cosas buenas del presente.

-Exacto. Yo no veo todo color de rosa pero trato de que lo malo no haga mierda mi vida.

-Hay que mirar para adelante.

-No queda otra, amigo –Esteban hizo una breve pausa para tomar otro sorbo de su copa-. Por ejemplo, vos, hasta no hace mucho tiempo, seguías enganchado con Valeria a pesar de que ella no te quería ni hablar, todos los días te quejabas de tu trabajo, andabas a las puteadas con la Facultad, casi no hablabas con tu familia y veías cada vez menos a tus amigos.... Estabas enojado con el mundo.

-Qué patético, ¿no?

-Para nada. Todo hemos pasado por alguna etapa así. Lo que importa es que ahora te reconciliaste con el mundo.

-Eso espero.

-¿Y tuviste que irte dos meses hasta no se dónde para lograrlo?

-Tampoco me fui al fin del mundo, che.

-No, pero...

-Igualmente, entiendo lo que me querés decir y, de hecho, capté la idea justamente en este viaje: las cosas positivas están permanentemente a nuestro alrededor, no en algún lugar lejano y extraño. Sólo hay que saber buscarlas entre toda lo negativo que también anda dando vueltas por todos lados.

-Me sacaste las palabras de la boca.

-Por eso, a partir de ahora me voy a enfocar sólo en las cosas que me gustan, que me interesan. Basta de trabajos de mierda, de sacrificios innecesarios y de perder el

tiempo en actividades y personas que, en el fondo, no me importan y no me dejan nada positivo.

-Mientras que vos estés bien.

-Lo estoy. En este momento lo estoy de verdad. Más allá de que actualmente vivo con mis viejos, de que volví al pueblo y todo eso que parece como si hubiera retrocedido varios casilleros. Pero sé que esta situación es provisoria, que en un futuro no muy lejano voy a encontrar mi propio lugar porque es lo que realmente deseo. Pero también creo que las cosas pasan por algo. Y en mi caso había ciertas razones, algo ocultas, por las que yo evidentemente tenía que volver al punto de donde había partido.

-Vos sabés que yo siempre pensé que nunca hay que olvidarse de dónde uno viene. Debemos ser agradecidos de nuestros orígenes.

-Claro que sí. Pero hay personas que pierden ese punto de referencia y la pasan mal, realmente mal.

Yo fui una de esas, pensó Nico antes de llevarse a la copa de vino a la boca en la que lentamente las sonrisas iniciales fueron dejando su lugar a muecas de seriedad que no rompieron el buen humor de la cena pero sí le dieron más profundidad. Así, hubo menos diálogos y apenas llegaron a la mesa los platos de comida predominaron los silencios.

-¿Y vos como estás Esti? Hablamos de mí pero no sé nada de tu vida ¿Cómo te tratan allá, en El Rosedal, la mismísima Capital de la Nación? –preguntó Nico con la boca medio llena.

-Yo estoy bárbaro, en lo personal y profesional, pero allá hay un revuelo bárbaro -respondió Esteban al terminar de masticar.

-¿Revuelo? ¿Por qué?

-Resulta que la Presidencia acababa de firmar un decreto en el que ordena que el Barrio Sur deje de depender orgánicamente del Gobierno de la Ciudad y pase a manos del municipio rocanegrense del Viaducto.

-Pero si ese barrio siempre perteneció al Rosedal.

-Lo que pasa es que en la Capital la mayoría de la gente no apoya al Gobierno Nacional, excepto en el Barrio Sur que vitorean el modelo, al igual que en El Viaducto, que está pegado geográficamente y liderado por un alcalde manejado como títere por Presidencia.

-Mirá vos. No conocía esa interna política.

-Yo estoy al tanto por el trabajo. Nada más –indicó Esteban, quien era abogado en la Procuración de la Ciudad.

-Igualmente, esta decisión ya se venía venir porque desde hace un par de años que el Gobierno Nacional viene llevando a cabo en el Sur un plan de defensa especial con la Policía Portuaria, que depende de la Secretaría de Seguridad Estatal y desplazó a la Policía Comunal.

-¿Ese no era el famoso Plan Cordón Marítimo o algo así?

-Claro. Y se extiende, obviamente, hasta El Viaducto, que también tiene una fuerte actividad portuaria.

-Pasa que el Barrio Sur dejó de ser pobre gracias a los subsidios del Gobierno Nacional, una política a la que siempre se opuso la Ciudad.

-Sí, es cierto. Pero por un lado le dan a la gente del barrio planes laborales, de salud y educación, y por el otro no la eximen de pagar los mismos impuestos que los habitantes más ricos de la Capital. Lo que dan por un lado, se lo terminan sacando por el otro.

Esteban se autodenominaba un “opositor”, pero más allá de eso consideraba que sacarle el Barrio Sur al Rosedal era una mala maniobra del Gobierno Nacional ya que le restaba votos negativos a sus rivales en la ciudad. Por ello, el alcalde no había ofrecido demasiada pelea tras conocerse el decreto.

Justamente no fueron los políticos los que se quejaron del decreto presidencial, sino ciertos sectores de los estratos más altos de la sociedad civil. A esto se le sumó el rumor de que la presidenta estaba muy mal de salud –había versiones extraoficiales que señalaban la misma enfermedad que había matado al su hermano, el ex presidente, y que podía llegar a ser hereditaria- y que no iba a poder terminar su tercer mandato consecutivo, por lo que se abría la sucesión. Y fue el gobernador de Roca Negra el que vio su oportunidad de tomar la posta.

-Ahora –retomó Esteban-. El gobernador comenzó a hacer circular públicamente la posibilidad de realizar una consulta popular para saber si la gente está a favor o no del decreto ya que éste afecta directamente su jurisdicción.

-¿Pero el gobernador no es un amigo del Gobierno Nacional? Debería apoyar el decreto.

-Su idea no es oponerse al decreto sino capitalizar las voces opositoras y consolidarse como el sucesor de la presidenta.

-Ah.

-La verdad es que le importa un carajo el resultado de la consulta porque no es vinculante y él no puede cambiar el decreto hasta que no sea presidente, si es que llega a serlo. Sólo quiere quedar bien con todos.

-Y la gente siempre queda metida en medio de las internas de los políticos.

-Igual, a la gente no le importa el decreto ni la consulta. Hace tiempo que se cansó de la política y lo único que espera de cualquier gobierno es un poco de plata para poder seguir consumiendo. Nada más.

-No creo que sea tan así.

-Es cierto, Nico. Fijate cómo se ganaron a la gente del Barrio Sur: les dieron una catarata de subsidios que terminaron volcando al consumo porque no podían invertir esa plata en otra cosa, ni en un negocio, una casa o en un auto.

-Pero no todas las personas se comportan así y tampoco pasa en todos lados. No generalices.

-¡No me jodas! –los efectos del vino comenzaron a evidenciarse en el grado de excitación de Esteban, que había vaciado la botella sirviéndose una nueva copa, en tanto que Nico continuaba con su segunda.

-No te jodo y tampoco voy a negar que la mayoría de la gente, y no sólo en este país, vive consumiendo para llenar los espacios vacíos de su vida y sentirse un poco más completo.

-Cada uno hace lo que puede para estar bien.

-Sí. Pero los espacios vacíos no se llenan con bienes materiales sino generando vínculos personales: pareja, hijos, familia, amigos. Y eso ya casi no se hace. Fijate que cada vez hay más solteros, o parejas que viven separados y las que conviven no quieren tener hijos. Las relaciones están cambiando cada vez más y en vez de acercarnos no aislamos.

-Y en este país es peor porque tenés un gobierno que hace tiempo que viene promoviendo el consumismo a ultranza. ¿Hace cuánto tiempo que estamos viviendo bajo esta política? Hasta reformaron la Constitución para perpetuarse en el poder y seguir así por siempre.

-Pero nada es para siempre. Capaz que cuando se vaya la presidenta la cosa cambie –señaló Nico mirando de reojo hacia ambos lados para ver si los demás comensales estaban escuchando las afirmaciones casi a los gritos de su amigo.

-Poco probable. Todos los políticos están cortados con la misma tijera. Lo único que les interesa es el poder y hacer plata.

Y después yo soy el pesimista, pensó Nico.

-¿Alguna vez viste funcionarios tan jóvenes y millonarios en un país cada vez más pobre?

-No, Esti. Pero te aseguro que hay lugares muchos más pobres.

-Seguro, pero acá podríamos estar mucho mejor. Hay otros lugares que son pobres porque no les queda otra. Nosotros tenemos mucha riqueza mal explotada.

-Puede ser. Igual, no te quejes de lleno.

-No me quejo de lleno. Estoy siendo realista –Esteban volvió a elevar el tono de voz-. Es un sistema corrupto y la única forma de cambiarlo es tirarlo todo abajo y empezar de cero.

-Te estás yendo al extremo –Nico miró nuevamente a su alrededor y advirtió varios ojos extraños dirigiéndose a su mesa-. Y habla más bajo, ¿quierés?

-¿Extremista yo? –murmuró Esteban llevándose la mano hacia el centro de su pecho-. ¿Acaso todas estas medidas del Gobierno Nacional no son parte de la revolución?

La mueca irónica de Esteban no le causó ninguna gracia a Nico, quien adoptó entonces un gesto más serio.

-Amigo. Tranquilo –Nico sonaba como un profesor de Historia en plena clase-. Las revoluciones desaparecieron con el fin del mundo bipolar. Y en el único modelo

que resultó victorioso todas las ideas se moderaron: las revolucionarias se volvieron reformistas y éstas pasaron a formar parte del *status quo*.

-Y entre todas esas también están los pseudos reformistas –Esteban acompañó las últimas dos palabras haciendo “comillas” en el aire con los dedos índice y mayor de ambas manos-. Como estas medidas que promueven cambios para que nada cambie.

-No creo que sea tan así.

-¡Dejate de joder! Son parte de un relato que ya no saben como sostenerlo en el tiempo. Ya reescribieron los libros de Historia y ahora pretenden cambiar hasta los mapas.

-Coincido en que esto último que quieren hacer con el Barrio Sur es totalmente al pedo porque la gente que vive en esos lugares seguramente seguirá teniendo los mismos problemas.

-Vos y yo siempre estuvimos en los extremos opuestos del espectro ideológico pero por primera vez creo que nos estamos poniendo de acuerdo.

Los dos amigos rieron excitados y sonrojados, y volvieron a brindar con las últimas gotas de vino que quedaban de en sus copas. Parecía que la sobremesa estaba por terminar pero Esteban seguía metido en la conversación.

-Che, Nico, ¿te acordás cuando decían que para esta época los autos iban a volar y que se iba a solucionar el problema del tránsito?

-Sí, me acuerdo.

-Pero por más tecnología que le pusieron a los coches, éstos siguen andando por los mismos viejos y maltrechos caminos en los que ya no cabe un alfiler. Lo único que cambió con los años fueron las comunicaciones.

-Probablemente –asintió Nico y luego bebió un sorbo de agua para despejar la acidez del vino de su boca-. Pero, ¿a qué viene todo esto?

-Por nada en especial. ¿Vos no pensás en esas cosas?

-¿Quién no?

-¿Y en qué pensás, por ejemplo?

-A mí lo que más me impacta es que cada vez se usa menos papel, ¿viste?

-Exacto.

-Y los diarios dejaron de ser impresos y ahora se publican de manera digital.

-Igualmente, esa medida fue impulsada por los gobiernos para controlar las publicaciones opositoras.

-¡Uy! No empecés de nuevo con el rollo político, ¿puede ser?

-Pero es verdad. Fijate en nuestro país. El Gobierno Nacional, que siempre se creyó ser el Estado en vez de sólo el Poder Ejecutivo, primero se adueñó de la industria del papel y después de las empresas proveedoras de Internet. Entonces, cuando un diario publicaba una noticia que no le gusta le bajaban la página web, aunque sea por unas horas, para que nadie la pudiera leer. Así ganó la batalla contra quienes lo critican. ¡Una vergüenza!

-¿Por qué?

-Porque un diario privado es dueño de publicar lo que quiere y si comete algún error con cierta información están las leyes para castigarlo.

-Está bien. Pero a veces los periodistas de los diarios se olvidan que también tienen una responsabilidad cívica muy importante.

-¿Y eso le da derecho al funcionario de turno a censurarlo por gusto? El gobierno representa a la sociedad y eso es una responsabilidad mucho mayor de la que pueda tener cualquier diario privado. No se puede poner en la misma bolsa a unos y otros porque no hay equivalencias.

-¿Y qué querés que haga el gobierno si todos los días le tiran mierda?

-Dos cosas: que hagan las cosas bien o que se aguanten las críticas como lo hace cualquier persona que tiene ciertas responsabilidades y se equivoca. Si no te la bancás, entonces no podés asumir ninguna responsabilidad porque quiere decir que no estás suficientemente capacitado.

-De todos modos, creo que hay que aceptar que tampoco es productivo que haya sólo una versión de los hechos.

-Tal cual.

-El problema es tomarse esto en serio porque, en definitiva, todos mienten, los diarios opositores, los oficialistas y el propio gobierno. Yo no le creo a ninguno.

-Pero en alguno tenés que creer, sino, ¿cómo te enterás de lo que pasa a tu alrededor?

-Yo soy de los que piensan que la verdad es la que forma cada uno para sí y su entorno. Porque, al fin y al cabo, la realidad es inabarcable para una simple persona. Por ende, no hay una sola verdad sobre la misma.

-Ahora no sólo sos psicoanalista sino también filósofo –bromeó Esteban.

-¡Qué guacho! Sino es para quejarte del gobierno con vos no se puede hablar.

-No te hagas el sensible, ¡por favor!

-Lo único que sé es que extraño el papel ¿Sabés por qué? Porque es real, lo podés tocar, oler, sentir entre los dedos. No todo tiene que ser virtual.

-¡Qué antiguo! –Esteban meneó la cabeza-. Para mí está bien que usemos menos papel, así hay menos basura en las calles y más espacio en las casas y oficinas.

-Con eso último sí estoy de acuerdo. Hay que cuidar el medio ambiente –señaló Nico juntando los trozos de las servilletas de papel y las migas que habían quedado dispersos por la mesa y colocándolo todo junto en el cenicero vacío.

VII

Todos, los más cercanos y también aquellos que menos la conocían, le decían “Maripí” a pesar de que ya tenía 35 años y ese apodo le había quedado marcado como un tatuaje invisible desde pequeña, cuando iba a la escuela primaria. María Paz era una mujer que lucía un rostro de rasgos delicados y una amplia sonrisa, aunque últimamente la mostraba cada vez menos, por lo que se la veía casi siempre con un gesto adusto que, en definitiva, le restaba un poco de belleza a su imagen, más bien de estilo natural, sin tanta producción.

Una década atrás, Maripí había exhibido una figura esbelta, en la que resaltaban sus piernas largas y delgadas, y una cola firme y bien formada, pero la ansiedad la había conducido irremediablemente por el camino del exceso, lo que, sumado a su habitual sedentarismo, derivó en un inevitable aumento de peso, no muy pronunciado pero sí evidente a los ojos masculinos y, sobre todo, a los de ella, que sufría ante estos cambios cada vez que se paraba frente al espejo.

Y estos hábitos y modificaciones se acentuaban porque Maripí no podía acostumbrarse a estar sola, sin una pareja estable, luego de haber mantenido una relación amorosa durante casi diez años con Ariel, a quien había conocido en la Facultad y con el que luego convivió hasta unos meses antes de su entrevista con Nico.

-¿Cuál fue su primera reacción tras la separación? –preguntó el joven, quien se encontraba sentado frente a María Paz junto a una mesa de plástico blanca ubicada en el jardín de la casa de los padres de ella, en Los Indios.

El domicilio de los Paz era una vivienda tipo chalet, de dos plantas, con techo de tejas coloniales y ladrillos a la vista pero sin terminar ya que el padre de Maripí había perdido su trabajo de toda la vida y su madre era una simple ama de casa, por lo que los

ingresos de la familia dependían de los aportes de la entrevistada y los de su hermano menor, los cuales no eran demasiados.

-Lo primero que hice fue juntar todas mis cosas, que eran mayoría en el departamento en el que convivíamos en Roca Negra Capital, y me vine para acá, con mis padres y mi hermano –respondió la mujer, quien vestía un pantalón de *jean* negro y ajustado, y un saco de lana marrón y largo hasta los muslos pero que lo llevaba desabotonado dejando a la vista el escote de una remera blanca que cubrían sus voluminosos senos, recientemente agrandados con siliconas.

-¿Y Ariel se quedó con el departamento?

-No, porque a él nunca le gustó vivir ahí.

-Entonces, ¿por qué no prefirió quedarse allá? –insistió Nico mientras de reojo se cercioraba que su *tablet* estuviera grabando la conversación. Luego volvió a hacer contacto visual con Maripí y advirtió que ésta sonreía haciendo una pausa en su respuesta.

-Por un lado, hubiera sido mejor, porque yo seguí trabajando en la ciudad y ahora pierdo mucho tiempo viajando: tengo cuarenta minutos de ida y otro tanto de vuelta, en auto. En colectivo o tren, es casi el doble. Pero creo que al principio no quería quedarme sola. No me sentía para nada bien.

-¿Y después?

-Después terminé decidiendo volver a vivir acá porque pensé que iba a poder ahorrar algo de dinero para comprarme un inmueble propio en un futuro no muy lejano. Pero bueno, cuando llegué, al poco tiempo la situación económica de la familia empeoró y adquirir una vivienda se volvió prácticamente imposible, por lo caras que están hoy en día, ¿no?

-Sí, eso es cierto –asintió Nico devolviéndole una sonrisa a la entrevistada.

-Y encima ahora tampoco me alcanza lo que gano por mes para volver a alquilar algo para mí sola. Antes lo podía hacer porque compartía los gastos con Ariel y no tenía que mantener a mis padres.

-¿Y no tiene posibilidades de tener un trabajo mejor pago?

-Creo que sería más fácil comprarme una casa –ironizó la mujer.

-¿Por qué?

-Porque de la única manera que podría conseguir un trabajo mejor pago sería terminando la carrera en la Facultad. Pero ahora no puedo porque me paso demasiadas horas en la oficina y no me alcanza el tiempo para cursar las materias que me faltan. Es más, en ocasiones, cuando hay alguna crisis en la empresa, hasta tengo que ir a trabajar los sábados. Y así no puedo estudiar nunca.

-Entiendo.

-Es como un círculo vicioso: el dinero que ahorro no me alcanza para alquilar y menos para comprar, y mi trabajo no me permite estudiar para que pueda conseguir un puesto mejor pago, y si quisiera trabajar menos horas ganaría aún menos plata, por lo que empeoraría mi situación.

-Coincido.

-¡Menos mal que alguien está de acuerdo conmigo! –exclamó Maripí posando ambas manos sobre sus muslos-. Porque a mis amigas, por más que les explico esto que te acabo de decir me critican que haya vuelto a vivir con mis padres -la mujer hizo un silencio y se acomodó en la silla para erguir su tronco.

-...

-Lo que pasa –retomó la entrevistada al advertir los ojos expectantes de Nico -es que todas ellas ya resolvieron sus necesidades económicas gracias a sus respectivas parejas.

-¿Está casadas y/o tiene hijos?

-La gran mayoría, sí.

-Ajá.

-Así que no me queda otra que esperar conseguir un novio que tenga casa propia y un buen sueldo, ¿no?

-Esa podría ser una posibilidad pero no es la única.

-Eso espero.

-¿Y cree que este mal pasar económico, sumado a las críticas de sus amigas, fue un factor de presión que la afectó más de lo que esperaba?

-Y sí –respondió Maripí arqueando sus cejas gruesas y negras que adornaban unos ojos redondos color miel que se enfocaban en el mate que estaba cebando para acercárselo a él-. Por más que sean mis amigas y las críticas no sean con mala intención, a nadie le gusta que le marquen sus errores o defectos.

-No tiene por que considerarlos errores o defectos –afirmó Nico tras recibir el mate y dar un sorbo con fuerza, sosteniendo la bombilla con la mano-. Está rico.

-Bueno, serán carencias, entonces.

-Tal vez.

Maripí recogió el mate de manos del entrevistador y volvió a cebar.

-De todos modos, creo que mis problemas no empezaron con mi separación ni con la frustración de no conseguir un mejor trabajo, una casa propia ni una pareja nueva – retomó ella tras una breve pausa.

-¿Y cuándo comenzó ese proceso?

-Después de cumplir los treinta sentí que ya estaba grande y que tenía que formar una familia. Yo estaba enamorada de Ariel, la convivencia con él me gustaba. A simple vista todo encajaba.

-Y sus amigas estaba haciendo lo mismo...

-Lo cual influyó también.

-¿Entonces?

-Creo que me obsesioné con la idea de casarme de blanco, tener una gran fiesta, una luna de miel viajando por el mundo y ser madre. Es más, dónde íbamos a vivir quedaba en un segundo plano.

-Entiendo.

-Pero Ariel no pensaba igual que yo. Para nada. Siempre decía que todavía no era el momento, que éramos jóvenes, que íbamos a tener más tiempo en el futuro para hacer todas esas cosas.

Típico de hombre, pensó Nico y luego anotó esa idea en su *tablet*.

-Ante esa situación, yo traté de no presionarlo ni quejarme para no tener que pelearme.

-¿Y qué pasó?

-Nada bueno. Fue totalmente al pedo guardarme durante tanto tiempo lo que realmente deseaba para mi vida porque al final él me terminó dejando de un día para el otro y sin demasiadas explicaciones.

-Eso fue lo más duro.

-¡Uf! Tuve que chocarme de frente con la realidad para poder verla.

-Habrá sido muy difícil pero trate de entender que todo el mundo pasa por rupturas amorosas inesperadas y que provocan mucho dolor; sin embargo, la gran mayoría de los que son, para llamarlos de alguna manera, abandonados, no toman decisiones tan drásticas como la que tomó usted.

-Lo sé. Lo sé.

-Por eso me gustaría saber que hubo detrás de todo esto. Cuál fue el detonante que la llevó a sentirse completamente desamparada. Porque siempre hay uno que termina siendo la gota que rebalsa el vaso, por así decirlo.

-Bueno, después de pasar los primeros meses acá, me sentí cada vez peor, no quería ver a nadie, no podía levantarme de la cama y lo único que hacía era ir a trabajar. Así que empecé a ir a un psiquiatra que me diera algún antidepresivo. Y con el *rivotril* y la terapia mejoré un poco.

-¿Y después?

-Con ese apoyo, más el de mis amigas, con las cuales tuve largas charlas para poder entender que sus críticas hacía mí eran porque me querían ver mejor y no por quejas, decidí volver a salir los fines de semana en vez de quedarme un sábado a la noche mirando películas, tirada en la cama y comiendo como un cerdo.

-Lacan decía que la vida no tiene sentido si produce un cobarde.

-Sí, pero evidentemente no estaba preparada para enfrentar nuevos rechazos o fracasos.

-Es preferible arriesgar y perder, que no hacer nada para tratar de mejorar.

-Ya sé. Pero choqué con otra realidad, con una de la que había estado desconectada durante los años que estuve en pareja.

-¿Cómo la de volver a salir con personas nuevas?

-Exacto.

-¿Y qué le pasó?

-Primero, me encontré con toda una serie de reglas diferentes, como, por ejemplo, que toda la comunicación para conseguir una cita con alguien era exclusivamente a través de la mensajería instantánea y las redes sociales.

-Pero usted no es tan grande, ¿no usaba esos medios antes?

-Sí, pero no para conocer hombres –expresó Maripí riendo por primera vez en toda la entrevista-. Y segundo, noté que la nueva imagen que intentaba proyectar de mí misma no me favorecía demasiado...

-¿Por qué?

La mujer sorbió del mate antes de contestar.

-Porque la mayoría de los hombres me veían como una vedette de esas que invaden los patéticos programas de chimentos de la televisión.

-Se podría decir, entonces, que la trataron superficialmente.

-Demasiado, para mi gusto.

-Y siendo hombre me puedo imaginar que lo único que buscaban era sexo.

-Tal cual. Y si bien yo sé cómo piensan los hombres, no me sentí cómoda. Para nada.

-Pero eso sucedió porque conoció a hombres que querían cosas diferentes a las tuyas.

-Sí, pero parece que las reglas son esas ahora, entonces o las seguía o me quedaba sola.

-Está bien. Está bien –interrumpió Nico llevando ambas palmas hacia delante-. Eso es absolutamente común a la mayoría, reitero, como en el caso de las rupturas. Lo que me gustaría que me cuente, si no es demasiada molestia, claro, es si hubo algo más, algo fuera de lo común que la llevó hacer lo que hizo. ¿Me explico?

-Sí, sí. Entonces le voy a contar toda la historia de Ariel. Creo que ahí sí me va a entender. O eso espero, porque no se me ocurre que otra cosa puede ser.

-Adelante. La escucho.

-Pero con una condición no negociable.

-A ver...

-Empecemos a tutearnos porque ya me estoy sintiendo más vieja de lo que realmente soy.

Nico no pudo contenerse y largó una ruidosa carcajada que se prolongó varios segundos hasta que recompuso la formalidad con la habitualmente procuraba actuar en cada una de las entrevistas que realizaba para su trabajo de investigación, aunque no siempre lo lograra.

-Está bien. Te tuteo, vos me tuteás y así ya no te quedan más excusas. Contame. Dale.

-De acuerdo –sostuvo la mujer acercando la silla a la mesa para poder hablar en voz más baja ya que su madre no dejaba de mirarla a través de la ventana de la cocina que daba al jardín-. Yo ya te dije que conocí a Ariel en la Facultad...

-Sí, lo recuerdo.

-Bueno. Al principio, él y yo fuimos buenos compañeros y nada más. Estábamos en el mismo grupo de estudio con el que nos reuníamos a hacer los trabajos prácticos y ese tipo de cosas...

-Ajá.

-En ese grupo estaba Daniela, con la que yo entablé rápidamente una amistad, más allá de ser compañeras. Ella vivía en Roca Negra Capital, así que yo me quedaba mucho en su casa para no tener que viajar tanto hasta acá. Y también salíamos los fines de semana por allá.

-Claro.

-Resulta que Ariel, que también vivía allá, se unía a esas salidas y en una de ellas se levantó a Daniela.

-¿Y a vos te molestó porque ya te gustaba Ariel? –preguntó Nico mirando de soslayo hacia la ventana de la cocina.

-La verdad es que hasta que no se engancharon ellos dos nunca me había interesado en él. Es raro, pero ni siquiera habíamos hablado de Ariel entre nosotras y eso que nos contábamos todo, supuestamente. No es como ahora que sabe todo de todo el mundo gracias a las redes sociales. Ya no se cuentan tantos chismes de boca en boca como antes, ¿no?

-Supongo que debe ser así. Vos lo sabrás mejor por ser mujer.

-Te pedí que me tutees, no que me tomes el pelo.

-Perdoname. Fue sin darme cuenta –dijo Nico sonriendo.

Ambos, entrevistado y entrevistador, ya no se preocupaban por la mirada inquisidora que había abandonado la cocina y desaparecido dentro de la casa, y volvieron a hablar más distendidos, con un volumen de voz normal.

-Disculpas aceptadas.

-Te voy a interrumpir en tu relato para hacerte una pregunta importante. Igual, si te incomoda, ya sabés, podés no responderla.

-¿Cuál?

-Tu mamá, ¿siempre tuvo esta actitud de querer saber que estás haciendo o se debe más que nada a una reacción derivada de tu incidente?

-Siempre fue así, pero ahora es peor.

-Seguramente.

-De hecho, fue una de las razones por las que me fui a vivir con Ariel apenas pude.

-Bueno, volvamos a la historia de Ariel.

-Está bien. ¿Dónde me quedé?

-En que él se levantó a tu amiga Daniela.

-Cierto. En fin, esa relación no fue más que un *touch and go* que duró algunas semanas ya que ninguno de los dos quería ponerse de novio. Éramos todos jóvenes y buscábamos otras cosas.

-¿Y ese *touch and go* influyó en tu relación con Daniela o con Ariel?

-Con Daniela siguió todo como antes y con Ariel también, aunque con él nunca había tenido mucha relación. Éramos compañeros de estudio, sólo eso. Además, yo no creo en la amistad entre el hombre y la mujer.

-¿Por qué no creés?

-Porque el hombre sólo quiere tener sexo y el sexo no tiene lugar en una amistad. Si hay sexo entre un hombre y una mujer, o son amantes sin ningún sentimiento de por medio o son pareja.

-Estoy de acuerdo salvo con la parte de que el hombre sólo quiere tener sexo. La mujer también quiere eso de un hombre, salvo que, en la mayoría de los casos, le quieren sumar sentimientos al contacto físico.

-Puede ser. Las mujeres somos más románticas.

-Pero también son más complicadas con la amistad del mismo género, ¿o me equivoco?

-Para nada.

-Es más, me atrevo a decir que antes de que empezaras a salir con Ariel no fuiste a hablar con Daniela para saber si a ella le iba a molestar.

-Acertaste. Y todavía me arrepiento de no haberlo hecho.

-¿Y ella te hizo saber su malestar?

-No directamente. Fue raro porque utilizó la política para desquitarse.

-¿La política? ¿Cómo? -Nico levantó el entrecejo.

-En esa época, este gobierno daba sus primeros pasos en los que todo era color de rosa y se hablaba de la revolución, de un nuevo país, bla, bla, bla. Vos, quizás no te acordás porque todavía no estabas en la Facultad pero hubo una ideologización muy importante en todas las casas de estudio, sobre todo, en las públicas.

-Igualmente, creo que cuando yo empecé a ir a la Universidad, la ideologización era más marcada todavía. Hoy en día te puedo asegurar que hay dos clases de alumnos: los militantes y los opositores. Y adiviná cuáles están mejor vistos a los ojos de los profesores y las autoridades de cada carrera.

-Los segundos seguro que no.

-Acertaste.

-Bueno, Daniela, de la noche a la mañana, se volvió una militante y me defenestraba a mí porque yo criticaba las mentiras del relato de la supuesta revolución. Y eso que yo no sabía mucho de política pero simplemente veía que la realidad no coincidía con el discurso y me atrevía a decirlo en voz alta por los pasillos de la Facu o en las reuniones de estudio.

-¿Y cuál era la posición de Ariel en todo eso?

-Ariel había sido un colgado, a quien no le interesaba la política. Así que como estaba de novio conmigo apoyaba mi postura. Pero lo hacía más por compromiso que por convicción.

-Claro.

-Pero Ariel no mantuvo siempre la misma posición. Sin convertirse de un día para el otro como Daniela, él recién empezó a mostrar su faceta militante cuando dejamos la Facultad y ya estábamos conviviendo.

-Mira vos.

-Y... es raro, porque, por lo general, la tendencia a la militancia política ocurre de joven y los primeros pasos se dan justamente en la Universidad. De más grande, las personas se vuelven más conformistas y dejan de ser contestatarias.

-Generalmente.

-Pero, de todos modos, detrás de la supuesta militancia de Ariel había algo más.

-¿Daniela?

-Exacto.

-Él empezó a militar en la misma agrupación política que ella. Iban juntos a las reuniones, a las marchas, a los actos oficiales del gobierno, etc.

-¿Y en esa etapa fue cuando él te decía que no era el mejor momento para formar una familia?

-Precisamente. Y a decir verdad, entre su trabajo y su militancia, no le quedaba tiempo para mucho más.

-Pero eso parecía más bien una excusa.

-No sólo una excusa, sino una pantalla.

-¿Por qué?

-Porque unos dos meses después de que él decidió terminar con nuestra relación me enteré que Daniela estaba embarazada de Ariel.

He aquí el detonante, la gota que rebalsó el vas, se dijo Nico, quien no supo como reaccionar de inmediato ante lo que acababa de escuchar, por lo que permaneció en silencio unos instantes, al igual que ella, que esperaba que el entrevistador le hiciera algún comentario al respecto, lo que no ocurrió de inmediato.

-¿No te lo imaginabas? –intervino ella con un timbre de voz tan filoso que cortó la espesa densidad del aire que envolvía en ese momento a los dos interlocutores.

-No, para nada.

-Saber la verdad puede resultar extremadamente doloroso.

-En casos como este, sí.

-Por suerte, no todos son como este.

-Afortunadamente. Igual, y esto me imagino que te lo habrá dicho todo el mundo, sobre todo en terapia, hay casos mucho peores.

-Lo sé –Maripí bajó la mirada.

-Saberlo no es lo mismo que aceptarlo.

-Entiendo perfectamente y créeme que en eso me estoy esforzando –la mujer volvió a alzar la vista y se cruzó con los ojos atentos de Nico.

-Te creo. Ahora bien, ¿cómo fue que te enteraste del embarazo? ¿Ariel te lo dijo?

-¡No! Nunca tuvo el valor de hacerlo. Si cuando me dejó, lo único que me dijo fue que no me amaba más. Sólo eso. Es más, yo le pregunté si tenía otra mujer y me lo negó rotundamente. Hasta se hizo el ofendido el caradura.

-¿Y quien te lo dijo?

-Me enteré de casualidad. Un día me encontré con una ex compañera de la Facultad que seguía en contacto con Daniela y ella misma se le contó. Quiero creer que se les escapó el dato porque todos los de nuestra clase sabían de mi relación con Ariel.

-O les importó muy poco lo que podías llegar a pensar vos al respecto.

-Muy probablemente.

-Justamente, a eso me refería cuando te hablé de los códigos particulares en la amistad entre mujeres.

-¿Cuáles códigos?! No existen. Ustedes, los hombres, jamás tendrían esas actitudes tan maliciosas.

-No te creas.

-No, es cierto. Para el hombre, la amistad con otro hombre es sagrada.

-Puede ser.

En ese momento, la madre de Maripí salió de la cocina hacia el jardín cargando un vaso de agua. “Perdón por la interrupción. Acá te dejo la medicación. Ya es hora”, le dijo la mujer a su hija al tiempo que depositó el vaso sobre la mesa y al lado de éste una píldora blanca. “¿Quieren que les caliente más agua?”, agregó el ama de casa mientras Maripí tomaba la medicación y Nico, callado, observaba toda la secuencia.

Luego de tragar, la hija le dijo a su madre que no hacía falta que pusiera la pava sobre el fuego porque todavía quedaba un poco de agua caliente y que en todo caso ella lo hacía después. Entonces, la madre se retiró en silencio y se perdió de vista dentro del chalet.

-¿Estás bien? –preguntó Nico.

-Sí, sí. Son las pastillas que me dieron en la clínica y por más que ya tengo el alta las tengo que seguir tomando un tiempo más. Además de seguir yendo a mi psiquiatra.

-Entiendo. ¿Seguimos?

-Dale.

-Me quede pensando en un punto de tu historia: antes de la separación, cuando Ariel andaba de acá para allá, como ausente, ¿vos no sospechaste de una posible relación entre él y Daniela?

-No, porque yo no sabía que estaban en la misma agrupación. Me enteré de todo al mismo tiempo y después fue sólo una cuestión de atar cabos.

Nico realizó unas anotaciones en su *tablet* y luego la apagó para ahorrar algo de energía de la batería, tras lo cual se dejó caer sobre el respaldo de la silla. Por su parte, Maripí se desentendía de lo que hacía su entrevistador, respirando profunda pero relajadamente y con la mirada en alto, como perdida en las nubes dibujadas en un cielo que había pasado de celeste a azul oscuro.

-Todavía me acuerdo como si fuera ayer cuando él me decía que no quería traer un hijo a un mundo tan cruel y que tenía miedo de convertirse en un mal padre, como el que había tenido él, y cagarle la vida al nene –retomó la mujer cerrándose el saco sobre su pecho para resguardarse del fresco del atardecer.

-¿Y pensás que era otra de sus excusas? -Nico inclinó el torso hacia adelante, hasta casi rozarlo con el borde de la mesa-. ¿Querés que vayamos adentro así no te da frío?

-No, estoy bien. Además, acá afuera estamos más tranquilos –respondió ella frotándose los antebrazos con sus finas manos-. ¿Qué me preguntaste?

-Si eso todo eso que te decía Ariel sobre la paternidad te pareció otra excusa de parte de él.

-Ah. La verdad no lo sé.

-Porque también cabe la posibilidad de que el embarazo haya sido un accidente. A cualquiera le puede pasar.

-Seguro que sí. Y todos me dicen lo mismo pero, igualmente, no creo que haya sido el caso de Ariel.

-¿Quién más te lo dijo?

-Hace poco me crucé con un amigo de él, con el que yo siempre me había llevado bien, y cuando surgió el tema, más por mi curiosidad que por su indiscreción, me aclaró que Ariel seguía pensando lo mismo respecto del hecho de convertirse en padre y que el embarazo había sido un accidente. Así, textual.

-Entonces, ¿por qué creés que es una posibilidad poco probable? –insistió Nico, quien volvió a encender su *tablet* para retomar la grabación de la entrevista.

-Porque cuando él estaba conmigo vivía pendiente de nunca equivocarse.

-¿Cómo?

-Perdón por lo ordinario pero no sé otra forma de decirlo.

-Decilo con confianza.

-O sea, él siempre acababa afuera, sin importar el día del mes en que yo me encontraba y después iba al baño y chequeaba que el forro no se hubiera roto llenándolo de agua.

-Ajá.

-Y lo hacía todas y cada una de las veces que teníamos relaciones.

-Un obsesivo.

-Peor que eso. Desconfiado. Porque al principio de la relación yo le decía que no tenía que hacerlo porque tomaba pastillas anticonceptivas pero lo hacía igual. Así que con el tiempo dejé de tomarlas.

-Lógico. Y de todo esto que me contaste, ¿qué conclusión sacás?

-La verdad, nunca pensé que la política, mal o bien entendida, directa o indirectamente, podía llegar a destruir una pareja. Eso es lo único que pude sacar en claro.

-Pero sacando a la política del medio...

-Creo que también influyó mucho la filosofía de vida de cada uno. La mía, evidentemente, resultó ser muy distinta a la de Ariel.

Nico recordó entonces el ensayo de una escritora, economista y psicoanalista francesa que había leído recientemente sobre el auge del movimiento *Childfree* en todo el mundo. Según esta autora, eran cada vez más las personas que optaban por la esterilización voluntaria para no tener hijos. Algo que años antes había sido muy difícil de aceptar para el que no estaba de acuerdo con esa postura a la que calificaban de “egoísta”. Y en ese sentido, en el ensayo se podía leer una lista sobre las razones de aquellos que decidían no ser padres.

Los motivos eran variados e iban desde evitar las obligaciones familiares, los problemas de salud como los trastornos genéticos, la falta de recursos económicos y la disminución de la actividad sexual de la pareja, hasta el temor a sentirse decepcionado del hijo o a que éste dañase la relación entre padre y madre, la repulsión hacia la condición física del embarazo y la experiencia del parto. También se incluía la creencia de que se podía hacer una mayor contribución a la humanidad a través del trabajo, de ver el deseo de reproducirse como una forma de expresión narcisista y de considerar que tener un hijo no deseado era malo cuando había tantos niños para adopción y parejas que realmente deseaban adoptarlos pero no podía porque no cumplían con los requisitos formales impuestos por las autoridades en la materia.

Además, se tenía en cuenta la preocupación por el impacto en el medio ambiente, la superpoblación, la contaminación y la escasez de recursos naturales; y sobre todo, la convicción de que era inmoral traer un hijo al mundo porque se lo exponía a los sufrimientos de la vida.

La lista mencionaba, aunque sin especificar, los motivos religiosos, políticos y étnicos; la preocupación por la ocurrencia de calamidades como los desastres naturales, la guerra, el hambre; y la creencia de que las personas tendían a tener hijos –lo mismo ocurría con el matrimonio -por las razones equivocadas, tales como la presión social y cultural.

Según el ensayo, un estudio realizado en distintos países del Primer y Tercer Mundo había revelado que el 20% de las mujeres de entre 35 y 45 años no tenía hijos porque habían tomado la decisión voluntaria de no tenerlos a pesar de que estaban en una edad de fertilidad, que no tenían problemas de salud y contaban con una pareja estable. Y esta cifra se había duplicado en los últimos 25 años, lo que había conducido a una notable baja en la tasa de natalidad.

Y otro dato relevante era que la falta de recursos económicos no resultaba determinante ya que la mitad de las mujeres consultadas que habían decidido no ser madres tenían ingresos anuales de seis cifras.

Mientras Nico pensaba en aquel ensayo y realizaba nuevas anotaciones en su *tablet*, Maripí lo miró sonriendo y meneando ligeramente la cabeza, que ahora apuntaba hacia abajo, al suelo cubierto de pasto sobre el que se cruzaban sus pies abrigados por unas botas de cuero color camel, relucientes.

-¿Qué es lo que te causa gracia? –preguntó Nico una vez que terminó de realizar sus anotaciones y tratando de no utilizar un lenguaje corporal que lo mostrase demasiado estricto pero que, a la vez, no evidenciara que estaba dando el brazo a torcer.

-Pensé que iba a poder marearte dando vueltas con historias de peleas y desencuentros juveniles y así esquivar el tema.

-Más temprano que tarde íbamos a tener que hablarlo. Me imagino que debe resultar difícil para vos pero es el tema que nos trajo hasta acá.

-Es cierto. Pasa que todavía siento vergüenza de lo que hice.

-Es un sentimiento muy común en estos casos. Así que no le des más importancia de la que realmente se merece.

-Lo voy a intentar.

-Tranquila. No hay apuro. Contame lo que te acuerdes. Empezá por lo más fácil como, por ejemplo, que estabas haciendo ese día, dónde estabas...

-Está bien –afirmó ella poniéndose de pie.

La noche ya se había instalado sobre Los Indios y oscurecido el jardín de la casa de Maripí, quien ante la falta de estrellas y la luna a la vista, propuso continuar con la entrevista en el living comedor de la vivienda, mientras su madre preparaba la cena en la cocina y los dos hombres del grupo familiar aun no regresaban al hogar.

-Recuerdo que era un viernes nublado, ventoso, feo –retomó Maripí minutos después, una vez que estuvo ubicada en el sillón de dos plazas enfrente al individual en el que se sentó Nico, quien había dejado su *tablet* encendida sobre la mesa ratona de madera situada en el centro, con sus patas apoyadas en una alfombra color arena-. Yo había tenido una reunión de trabajo que duró toda la mañana y al mediodía, en vez de quedarme a almorzar en la oficina con mis compañeras, como lo hacía siempre con la vianda que llevaba de casa con lo que me había sobrado de la cena, decidí salir para cambiar de aire y despejar mi cabeza.

-¿Te sentías mal? Digo, físicamente.

-Me dolía un poco la cabeza, justamente. Estaba cansada, como todos los viernes laborales.

-Ajá.

-¿Te molesta si prendo otra luz? –interrumpió Maripí.

-Para nada.

Entonces la mujer se puso de pie y caminó hasta la puerta de entrada, al costado de la cual, sobre la pared pintada de blanco estaba el interruptor de la araña que colgaba del cielo raso y lo accionó. El ambiente se iluminó por completo.

-No sé qué me pasa últimamente con la oscuridad. No es que me molesta pero como que me incomoda.

-¿Y antes como era?

-No sé. Creo que nunca me había detenido a pensar en eso.

-Está bien. Sigamos.

-Ok. Sigamos. ¿En dónde me quedé?

-En que saliste de una reunión de trabajo para despejar tu cabeza, que te dolía.

-Cierto. Bueno, entonces agarré el auto y encaré para el lado de la ruta donde hay varios lugares lindos para comer. De hecho, muchos de los que trabajan en la ciudad y tienen la posibilidad de tomarse largos almuerzos van ahí, sobre todo, porque es más tranquilo y los ejecutivos pueden cerrar sus negocios. Lo sé, porque los jefes de mi empresa se reúnen bastante seguido en esos restaurantes top y vuelven a las cuatro de la tarde.

-¡Que raro! –ironizó Nico-. Igual, concentrémonos en el nuestro tema.

-Sí, claro. Resulta que estaba manejando con la cabeza en otro lado menos en el almuerzo y seguí de largo. No iba rápido ni nada por el estilo, pero fue como un impulso inconsciente que me llevó a darle para adelante, a no parar.

-¿Y te acordás en qué pensabas en ese momento?

-La verdad que no estaba pensando en lo que iba a hacer, para nada.

-¿Y en qué, entonces?

-Estaba mal, angustiada porque no podía sacarme de la cabeza lo que me había pasado la noche anterior en una cita verdaderamente frustrante.

-¿Por? ¿Qué pasó?

-Resulta que había salido a cenar con un flaco que me había presentado una amiga. En los papeles era un tipo bárbaro: fachero, simpático, con un buen trabajo, profesional, tenía auto, vivía solo; ideal, digamos.

-Pero...

-Pero... Era la segunda vez que nos veíamos. No habíamos pasado más que de unos besos, o sea, que no había suficiente confianza.

-¿Y?

-¿Podés creer que por segunda vez en dos citas, el tipo, unos años más chico que yo pero no lo suficiente para ser tan pendejo, me preguntó si me había hechos las tetas? Un desubicado.

-La verdad que sí.

-Ya me lo había preguntado en la primera cena y me cayó muy mal. De hecho, no le respondí esa vez de la bronca que me dio. Además, recién nos conocíamos y no quería estropear el momento tan rápidamente.

-Está bien. Quizás, él estaba nervioso y se expresó mal.

-Esa vez pensé justamente lo mismo. Pero el tipo resultó ser un pelotudo ya que no captó que a mí me había molestado y en la segunda cita volvió a sugerirme la misma pregunta.

-Coincido: un pelotudo.

-Así que iba manejando, pensando en ese pelotudo y cuando me di cuenta ya estaba muy cerca del Miti-Miti. Entonces, me acordé de cuando era chica y mis padres me llevaban de picnic a la orilla del río y pasábamos todo el domingo ahí. Era hermoso. Y me dieron ganas de ir, así que fui para allá.

-Y cuando llegaste, ¿qué hiciste? ¿Cómo te sentiste? –insistió Nico mirando de reojo hacia la mesa ratona para asegurarse que la *tablet* conservaba algo de energía en su batería.

Esta vez, el joven sí traía consigo el cargador para evitar lo que ya le había ocurrido en algunas clases en la Facultad cuando ese pequeño aparato digital se apagaba a mitad de la clase. Es que la tableta de Nico era un modelo barato y de fabricación nacional, que tenía un desempeño bastante inferior a los importados que habían sido desplazados del mercado en una de las tantas medidas económicas proteccionistas del Gobierno Nacional. Distinto era lo que ocurría con su último *smartphone*, el cual lo

había adquirido en la frontera -libre de impuestos- cuando volvió de su viaje por el exterior.

-Me salí de la ruta –respondió Maripí espaciando las palabras- y detuve el auto cerca de la orilla, donde habitualmente estacionan sus vehículos los pescadores. Pero no había nadie. Así que me saqué los tacos y caminé hasta el agua para mojarme las manos. No estaba fría y metí los pies también, como cuando era una nena y me bañaba de la mano de mi papá.

-¿De chica le tenías miedo al agua?

-No, para nada. Tampoco era, ni soy, de meterme en lo hondo, y en el mar menos.

-Entiendo.

-Estaba caminando por la orilla hacia el lado del pueblo.

-San Ramiro.

-Sí, ése, siempre me olvido del nombre.

-La gran mayoría lo hace. No te preocupes.

-De hecho, creo que nunca lo recorrí, porque cuando íbamos con mis padres llegábamos hasta la estación de servicio de la entrada y listo.

-Los ramirenses estamos acostumbrados a ser poco conocidos.

-Perdón.

-No tenés de qué disculparte. Seguí contándome.

-Bueno, caminé, caminé, pero seguía angustiada. Ni siquiera el paisaje y el aire fresco pudieron relajarme, aunque sea un poco. Y así llegué hasta el puente de madera sobre la ruta vieja y me senté en el borde a ver el agua como corría por debajo.

-¿Había alguien más en el puente?

-No, nadie. Calculo que se debió al horario ya que casi era la siesta.

-Probablemente. ¿Y en ese momento seguías pensando en lo de la noche anterior, en el trabajo o en que sentías mal?

-Te soy sincera, mi cabeza siempre fue una picadora de carne, así que sabrás cómo era mi estado ese momento.

-Pero debió haber una idea que se repetía más que otras, ¿o no?

-La verdad es que me puse a recordar lo bien que la pasaba en el río cuando era pequeña y estaba con mis padres y mi hermano...

-Ése es un pensamiento agradable.

-Sí pero no. Porque lo que más me deprimía era la idea de que yo jamás iba a volver a sentirme tan contenta y feliz como en aquella época, ¿entendés?

-Sí, sí.

-Y eso que no me considero una de esas personas que piensan que el pasado siempre fue mejor. Lo que más me angustiaba era la sensación de que mi futuro iba a ser peor que mi presente, básicamente.

-Claro.

-Y mientras pensaba en todo aquello me puse a llorar.

-¿Y después?

-Y después pasó lo que pasó. Mucho no me acuerdo, todavía sigue siendo una gran confusión.

-Ajá.

-Me acuerdo que cerré los ojos, empecé a marearme y lo único que escuchaba, cada vez más fuerte, era el paso incesante del agua que corría abajo. Era tan intenso el ruido que parecía que se acercaba hasta donde estaba yo y, de repente, sentí que me envolvía por completo, que me atrapaba. Recién ahí, como que volví a tomar cierta

conciencia y abrí los ojos. Fueron unos segundos de desesperación hasta que finalmente unas manos me sacaron del agua.

Maripí interrumpió su relato con sus ojos vidriosos, bajó su cabeza y se pasó la mano por la frente, tratando de respirar profundo. Luego, tomó un pañuelo de papel del interior de la cartera que había dejado a su lado, sobre el sillón, se secó las lágrimas y se limpió la nariz.

-Disculpame. No es mi intención que te sintieras así.

-Lo sé. Y no te hagas problema. En cierta forma me hace bien que cada tanto vuelva a hablar del tema. Además, ya habíamos acordado que íbamos a tratar esta cuestión. Así que estaba preparada.

-Mejor así. De todos modos, esto no es una sesión de terapia.

La mujer miró a Nico sonriendo, hizo un bollo con el pañuelo y lo colocó en un cenicero sobre la mesita.

-Y después que te sacaron –retomó él-, ¿qué pasó?

-No mucho. Bah, si antes estaba angustiada y confundida, después fue peor. Sí me acuerdo que el pescador me envolvió en una frazada a cuadros, de color bordó, que tenía en el bote y que yo no paraba de llorar. Ni siquiera podía levantar la cabeza para mirarlo. No quería ver a nadie, en realidad.

-Lo siento mucho.

-Y yo también. No sabés cuánto.

Entonces Nico detuvo la grabación.

-Gracias Maripí, no te molesto más.

-Ok.

-Con todo lo que me contaste creo que me alcanza. Realmente te lo agradezco.

-No hay de qué. Creo saber a qué apuntás con esta investigación y que vas a terminar ayudando a muchas personas que pasaron por situaciones como las mías. Así que gracias a vos.

Nico le devolvió una sonrisa y comenzó a guardar sus herramientas de trabajo en la mochila mientras la anfitriona ordenó la mesa ratona y llevó los pocos utensilios sucios que quedaban sobre la misma hasta la cocina. Y cuando regresó al living comedor, donde él aguardaba de pie, ella estaba acompañada de su madre que lo despidió cordialmente con un beso en la mejilla.

Maripí, en cambio, lo acompañó hasta el portón de rejas que daba a la vereda del frente de la casa donde le dio un beso y un abrazo. “Hablamos”, dijo él. “Hablamos”, dijo ella.

Tras la despedida, Nico se subió al auto de su padre, que lo había tomado prestado porque tenía casi dos horas de viaje hasta San Ramiro. Lo bueno para el conductor era que a esa hora del día, el tránsito hacia el sur de la provincia era fluido, más aún, pasando Roca Negra Capital, ya que la mayoría de los vehículos circulaban en sentido norte, es decir, desde la ciudad hacia los distintos puntos del sector Metropolitano.

Durante el trayecto, Nico repasó mentalmente su encuentro con Maripí. “Es difícil de creer que una mujer así, tan linda e inteligente, no pueda encontrar una nueva pareja”, dijo en voz alta para que su *tablet* -encendida sobre su regazo- grabara sus reflexiones finales y luego las convirtiera en un texto que lo ayudaría a la hora de analizar la entrevista. “¡Ojo! Tiene razón al pensar que hay muchos hombres que son unos pelotudos, pero creo que su problema pasa porque se siente tan frustrada que transmite una especie de imagen de perdedora que los tipos captan enseguida. Y cuando

se encuentra con un garca, éste termina aprovechándose de esa situación de vulnerabilidad”, continuó.

Para Nico quedaba claro que Maripí debía esforzarse en tratar de mejorar su autoestima, fortalecer su carácter y ponerse firme a la hora de ir en búsqueda de lo que realmente quería. “Esta mina tiene que hacer que los demás respeten sus deseos, sino va a seguir sufriendo y no se lo merece. Bah, ¿qué buena persona se lo merece? Ninguna”, concluyó.

Finalmente, el conductor guardó silencio y subió el volumen del estéreo para distraerse el resto del viaje. Aceleró la marcha en procura de llegar a su casa para la cena, mientras los efímeros reflejos de las luces de la autopista y de los vehículos que transitaban en sentido contrario iluminaban su rostro cada vez más rápido pero por menos tiempo a medida que seguía avanzando a mayor velocidad. Estaba cansado, tanta charla y tanto mate le habían abierto el apetito, y sabía que sus padres acostumbraban a sentarse a la mesa temprano.